

Las Danzas Comunes

proyecto

Este texto surge en el marco del proyecto Danzas Comunes del Colectivo Periférico que se realizó en Montevideo, Uruguay, entre marzo del 2020 y febrero del 2021 con el objetivo de promover el encuentro de artistas de las siguientes *danzas comunes* que se bailan en nuestro país: candombe, tango, folclore, improvisación en contacto y breaking. Lo llevamos adelante las referentes de estas danzas Andrea Ghuisolfi, Sofía Lans, Catalina Chohuy, Virginia Arzuaga, Ángela Alves, Bgirl Ada, Sofia Córdoba encargada del audiovisual y quien escribe, Federica Folco.

El proyecto Danzas Comunes consistió en crear diversas maneras de encontrarnos que nos permitieron bailar, sentir, pensar y escribir sobre nuestras danzas, relaciones y comunidades. Desde la experiencia singular y en colectivo, observamos y evaluamos los modos de ordenamiento de la vida que promueven las comunidades danzantes, reconocimos las potencias de nuestras danzas que queremos seguir reproduciendo, e imaginamos cómo introducir otros modos de bailar que propongan alternativas que nos empoderen respecto de las maneras de hacer que nos oprimen y lastiman. Asumimos, como base de este proyecto, que pensar las relaciones y comunidades de nuestras danzas requiere de procesos colectivos y profundos de quienes vivimos esas relaciones y comunidades. Nos toca enfrentarnos a estos procesos reconociendo que la verdad está en movimiento y que la multiplicidad de perspectivas, sensibilidades e historias de vidas son potencia para esta tarea. Por esto, desde el Colectivo Periférico invitamos a colegas referentes de estas danzas a ser parte del proyecto, les propusimos conformar un grupo cuyo valor estuviera en la diversidad de experiencias y en la habilidad para cuidarlas y respetarlas. Las invitamos a crear ámbitos de trabajo rizomáticos para poder bailar, reflexionar, sentir y escribir en diálogo permanente con quienes habitan estas danzas y atendiendo las particularidades de nuestro presente; crear relaciones de contención y respeto, condiciones necesarias para habilitarnos a compartir experiencias íntimas, hermosas y dolorosas, así como reflexiones complejas y críticas sobre nuestras prácticas, acciones, deseos y valores. Juntas conversamos bailando y entrelazando danza, cuerpo, lo sensible, género, comunidad, afectó, creación, historia, poder, situaciones

económicas, ideas, racismo, cultura, instituciones, mercado, educación, colonialidad, nacionalismo, tradición, entre otras tantas dimensiones que atraviesan nuestras vidas.

Reflexionar sobre las implicancias de las danzas en nuestras vidas puede parecer en ocasiones una tarea sencilla, pero puede no serlo al estar las prácticas tan profundamente adheridas a nuestra cotidianidad, que las asumimos como naturales o dadas, pasando desapercibidas incluso al deseo de mirarnos atentamente y críticamente. Para intentar fragilizar lo asumido y complejizar la reflexión propusimos distintas dinámicas que nos permitieron pensarnos desde diversas perspectivas y sensibilidades. Una de ellas consistió en transitar instancias de trabajo e intercambio entre las artistas de las diversas danzas que participan en el proyecto para abordar de manera colectiva las características de cada práctica. Tener que presentar, explicar y compartir con otras colegas cómo es mi danza permitió conocerla más profundamente e identificar y organizar qué valoro de ella y qué no. A su vez, quienes no están involucradas y comprometidas afectivamente con una danza logran observar y aportar perspectivas distintas a las que sí lo están.

Uno de los desafíos que nos propusimos en Danzas Comunes fue que quienes habitamos bailando y creando estas danzas seamos las que enunciemos y escribamos sobre ellas. Preguntarnos por nuestras prácticas es pensar en primera persona, es atender la pregunta no desde la observación distante, sino desde la propia experimentación de quien enuncia bailando. Estamos habituadas a que sean otros quienes escriban sobre nuestras prácticas comunes, sobre nuestras vidas. Tenemos que ser un poquito irreverentes con el ordenamiento institucional del conocimiento y su forma de producirlo, para sacarnos de encima el mandato de organizar la palabra y los sentidos según las verdades legitimadas por él. Nuestra forma de entender la vida está supeditada, entre otras cosas, al modo en que pensamos, habitamos, sentimos, imaginamos, y creamos. Es por esto que confiamos en que quien observa una experiencia dice distinto de quien lo hace desde el vivirla. Acá no hay un objeto a estudiar ni nada que mediar porque no es necesario mediar la propia existencia. Nos toca a nosotras, las protagonistas de estas danzas, pensar y escribir, como queramos y podamos, sobre nuestras prácticas, comunidades e historias; asumir que somos portadoras de conocimiento significativo para nuestras vidas comunes y capaces de crear nuestros propios relatos. Si no somos las que habitamos las danzas las que escriban sobre ellas, alguien lo hará en nuestro lugar.

La autoenunciación de las comunidades es un acto subversivo respecto al orden del conocimiento occidental hegemónico que ha desconocido y deslegitimado sistemáticamente otros conocimientos y cosmovisiones. Para dejar de ser cómplices de esto, tomamos la palabra. En Danzas Comunes, escribimos con la consigna de recurrir a nuestras experiencias situadas, sin buscar referencias teóricas o marcos conceptuales, intentando encontrar la escritura propia para dar cuenta del tejido diverso y complejo de las danzas. Las referentes escribieron sobre las complejidades y potencias de su propia danza, atendiendo la pluralidad de perspectivas y vidas que las habitan.

Una complejidad que encontramos quienes habitamos las Danzas Comunes cuando nos propusimos escribir fue encontrar modos de compartir y explicar la experiencia del bailar desde la palabra. Escribir en nuestros bailes es pensar en la *experiencia*, la que, podríamos decir, es lo que emerge, todo aquello que hacemos, es la vida que se expresa como procesos siempre culturales, biológicos y rodeados de misterios. Lejos de presentarse como un sistema estable como intentamos desesperadamente que sea desde nuestra racionalidad mecanicista, es acción conformada por múltiples variables interrelacionadas que no podemos reducirlas a la suma de las partes ni a procesos lineales, es un sistema complejo en continuo devenir e inexplicable en su totalidad desde el pensamiento y la palabra. Todo está participando en el mismo instante, lo que podemos decir y lo que del decir se nos escapa.

Para quienes bailamos es un desafío escribir explicando a otras lo que experimentamos mientras lo hacemos, sabemos cuando lo intentamos que puede ser una traducción no siempre sencilla e incluso puede sentirse limitada y opresiva. La experiencia de bailar se nos hace inaprensible desde la palabra, que intenta explicarla, y más aún lo es cuando lo que escribimos está organizado desde una racionalidad disciplinar científicista. Pensar en campos disciplinares aislados (danza, biología, música, física, historia...) es una creación que quizás tuvo la intención de hacer distinciones metodológicas y analíticas para el estudio y entendimiento de nuestras vidas. Este tipo de pensamiento puede ser de utilidad para examinar determinada situación, pero generalmente, por el poder otorgado al conocimiento analítico y científico, pasa de ser una distinción de trabajo a establecerse para las personas como verdad en el mundo y en nuestras vidas. Experimentamos la vida según los recortes que

hemos creado y estos funcionan en una red de valores que nos constituyen y disponen. La dificultad que encontramos al nombrar y explicar nuestras vidas y el mundo desde el conocimiento disciplinar son el simplificar y reducir la complejidad de nuestro conocimiento y experiencia estableciendo entidades y categorías fijas y separadas, quitando toda inestabilidad y complejidad. Por otro lado, hemos creado sistemas de conocimiento, prácticas, instituciones y políticas que afirman y reproducen las jerarquías y asimetrías valorativas que establecen las ideas creadas bajo determinado tipo de cosmovisión, en este caso, la occidental. La evidencia de la experiencia no es el pensamiento adecuado, somos más que lo que podemos decir que somos y el mundo es más de lo que podemos decir que es.

Escribir y pensar pueden ser experiencias poderosas y hermosas, hacerlo nos permitió transitar procesos de autoreconocimiento, evaluar las palabras que usamos y sus implicancias, dejar testimonio de lo que pensamos en un momento, generar material que aporte a próximas reflexiones, dar cuenta de nuestra época y principalmente aportar a poner en valor los conocimientos singulares que todas las personas tenemos.

Con la creación de este proyecto sentimos que acompañamos y aportamos a las transformaciones personales y sociales que estamos transitando en esta época promovidas, para nosotras, especialmente por los feminismos y el decolonialismo. Estos movimientos nos desafían a pensar juntas sobre nuestras relaciones y sus dimensiones éticas, estéticas, afectivas y políticas. Nos desafían a reconocer, para cuestionar y accionar, que estas dimensiones siempre se despliegan en un determinado contexto histórico y territorial. Creemos que este es solo un paso más de muchos otros que se han dado y se darán para habilitarnos la posibilidad de nombrarnos y escribirnos. Para aportar a visibilizar las potencias que tienen las prácticas de las *danzas comunes* de crear comunidades de lo común.

Desde el colectivo Periférico abrazamos y agradecemos a cada una de las setenta y siete colegas que participaron de las jornadas, quienes generosamente compartieron sus experiencias, afectos y conocimientos, el proyecto Danzas Comunes fue posible gracias a ellas.

Aproximaciones generales

Con la intención de aportar a reconocer las características de las *danzas comunes* y las posibles dimensiones y situaciones que las constituyen, presento en este texto breves y diversas reflexiones. Algunas son observaciones personales sobre las que vengo pensando hace tiempo acompañada por mis compañeras de Periférico. Otras surgen en esta ocasión estimuladas por las colegas que participaron en este proyecto. En las carillas que siguen presento, entonces, una serie de ideas siempre situadas (resultan de mi experiencia y el tiempo-espacio en el que estas se despliegan) que se relacionan en mayor o menor medida con todas las *danzas comunes*; no están incluidas las particularidades de cada danza, sino observaciones generales. En una siguiente etapa me propongo profundizar en estas ideas que presento y no desglosó en esta oportunidad. Desde el colectivo Periférico las compartimos deseando el intercambio, reconociendo el valor de la diversidad de opiniones, el cuestionamiento y el disenso.

Las danzas

Las danzas son cuerpos que habitan el movimiento, tejidos de prácticas, ideas, textos, rituales, instituciones, abrazos, políticas, pieles, afectos y misterios. Son la expresión propia de una comunidad y en estas se develan su cosmovisión, su modo de vida y la manera en que se valora y percibe la experiencia de estar vivas siendo cuerpos. Las danzas son movimientos y en esos movimientos creamos entorno, al mismo tiempo que ese entorno nos crea a nosotrxs. Detenernos en ese instante nos da la posibilidad de afectar lo que el mundo nos produce y lo que nosotras producimos en el mundo.

En nuestro contexto socio-cultural las danzas aún se presentan en el imaginario de las personas como prácticas que se limitan a realizar movimientos virtuosos siguiendo la cadencia de alguna melodía, y a su vez, poco interesantes a la hora de generar conocimiento o experiencias valiosas. Aunque el sentido común aún esté habitado por este imaginario, las danzas pueden ser experiencias, conocimientos, creaciones y acciones comunitarias extremadamente potentes. Las danzas pueden ser más que manifestaciones basadas en el virtuosismo, la gracia o la belleza; las danzas pueden ser caminos para transitar el buen vivir, y crear contextos, relaciones, y afectos que promuevan comunidades sensibles, solidarias, diversas y dignas.

Las danzas son comunidades y cada comunidad baila como es. Desde esta perspectiva, se presentan como posibilidad para transitar prácticas críticas respecto de los modos de vida que compartimos, reproducimos y producimos. Danzar se convierte en un acto micropolítico de desideologización y desubjetivación de los discursos que determinan nuestros deseos, abriéndonos posibilidades para la multiplicidad de sentidos y de prácticas respecto a esta vida. Su hacer tiene como característica inmanente posiciones ético-políticas respecto del cuerpo y las relaciones, siendo nuestra la decisión de que estén al servicio de la domesticación o de la emancipación, y que cuestionen o no nuestras intersubjetividades fundadas en los valores centrales de la modernidad occidental.

Cada danza propone formas determinadas de relacionarnos, conductas, normas, valores, acciones, ideas, roles y afectos, performatividades que se consideran adecuadas y válidas. Reconocerlas y enunciarlas nos habilita a cuestionarnos qué de estas prácticas queremos seguir produciendo y qué queremos cambiar porque entendemos que segregan, lastiman, oprimen o denigran. Nuestras danzas son manifestaciones compuestas por un entramado simbólico histórico que tiene la potencia de encontrarnos desde los cuerpos y sus imaginarios. Reconocernos a través de estos imaginarios nos abre la posibilidad de crear la vida mediante la identidad compartida y el contexto que nos atraviesa desplegando la potencia de lo *común*.

En nuestro país, siguiendo el relato occidental las danzas, sin ser el ballet y su linaje, son prácticas que la historia y teoría del arte, las políticas públicas y la academia han desatendido. Se me ocurre pensar que quizás esto ha sucedido por su relación con el cuerpo, lo efímero, lo erótico, lo sexual; por ser inapreciable en su totalidad desde la perspectiva del conocimiento científicista y, ¿por qué no?, por ser principalmente ejercido por mujeres y gays. Pero en las dos últimas décadas, y principalmente por el trabajo de sus comunidades, las danzas han afianzado un proceso de institucionalización en nuestro país: se crean carreras de grado, escuelas de formación, profesorados, circuitos de festivales, concursos, fondos y proyectos específicos para su promoción y profesionalización. Las danzas están transitando tiempos intensos de transformación. Quizás, sobre todo por esto, nos toca a quienes las habitamos juntarnos a pensar desde lo sensible cómo queremos relacionarnos con las instituciones, el mercado y el estado, qué tipo de comunidad queremos crear y cómo queremos bailar. En estos tiempos además, tenemos que atender las consecuencias para nuestras danzas de una pandemia que nos distancia y nos hace temerosas unas de otras. Más que nunca tenemos que recordar que cuando bailamos juntas, reímos, sudamos, movemos tensiones, energías y

sentimientos, creamos sentidos e ideas, nos erizamos, habilitamos lo sensual, activamos el sistema inmunológico e intercambiamos flujos de misterios habitando la complicidad de estar acompañadas.

¿Por qué danzas comunes?

Existe un ordenamiento valorativo en nuestra sociedad de las diversas prácticas artísticas que responde principalmente a la propuesta estética, política, económica y epistemológica de la modernidad europea. Pero conviviendo con este ordenamiento, existen otros modos de habitar, producir y crear que ponen en tensión la cosmovisión dominante occidental, llegando incluso a proponer otras maneras de vivir. Presento la distinción *danzas comunes* con la intención de profundizar en el entendimiento crítico de las expresiones artísticas vinculadas con las danzas que producen modos alternativos al imperante.

Lo que aquí propongo es agrupar bajo *danzas comunes* aquellas que se bailan en y para su comunidad, diferenciándose, así, de las que se bailan para un público. No es característica fundamental de estas danzas distinguir entre quienes las producen y quienes las consumen. En sus prácticas no está presente la demanda de producir un objeto para otros que están fuera de la comunidad o de transformarse ellas mismas en ese objeto. La danza es para quien la habita y quien la habita ya la baila. Con esto no quiero decir que eventualmente ante determinadas demandas y oportunidades no produzcan para otras agentes externas a la comunidad, sino más bien que su motor para bailar y el deseo para moverse no está volcado hacia fuera sino hacia el corazón mismo de la comunidad. Esta característica, que puede parecer poco relevante inicialmente, a mi entender, cambia radicalmente el sentido de los bailes, las relaciones y las comunidades.

Intentar acercarme a la noción de *lo común*, que no es exclusiva de las *danzas comunes*, puede ser una tarea compleja al haber sido utilizada en diferentes contextos y con diversos fines a lo largo de la historia. Sugiero entender *lo común* como aquello que emerge de las interrelaciones necesarias entre las personas de una comunidad, no como una característica, cualidad, rasgo o lugar que un grupo de individuos comparten. Desde la perspectiva que propongo, esta distinción me habilita a reconocer las comunidades que privilegian y dignifican a todas las personas que la constituyen porque son la condición de su existencia, promoviendo la autocreación, autorregulación y la autogobernación. A las comunidades que

tienen esta forma de expresarse las nombre *comunidades de lo común*, en ellas las personas se necesitan mutuamente, se diluye al individuo a partir de que lxs otrxs se vuelven indispensables, se asume la interdependencia de las personas incentivando las responsabilidades compartidas. los cuidados mutuos y el buen vivir de todxs. En estas comunidades la existencia del otrx se vuelve imprescindible, y es de esta interrelación necesaria que emerge *lo común*.

Para quienes deseamos poner en acción formas de vida dignas para todxs, las *comunidades de lo común* se nos presentan como alternativas a los modos establecidos desde la occidentalidad individualista. Percibamos la diferencia entre quienes habitamos la cosmovisión occidental e intentamos transformar nuestras vidas individuales en *comunes*, de quienes habitan *lo común* porque es su cosmovisión. Quedarnos en entender *lo común* sólo como alternativa a lo instituido es nombrar sus potencias desde una perspectiva reduccionista y colonial. *Lo común* ha sido desde tiempos anteriores a la invasión de los europeos formas de vida de muchas comunidades originarias; esa era su cosmovisión y para muchas aún lo es. El discurso oficial insiste en instalar la idea de que las cosmovisiones de las comunidades originarias no existen en el presente de este país. Pero en los últimos años somos muchas quienes asumimos que estas cosmovisiones pueden ser parte de nuestras vidas de diversas maneras, quizás los modos en que se expresan las *comunidades de las danzas comunes* pueda ser una de ellas. No estoy idealizando estas comunidades y reconozco que puedan producir relaciones que opriman, pero los modos de vida que privilegian a todas y no a uno me ayudan a encontrar alternativas al sistema instalado, que no privilegia la vida. Por esto aquí estoy conociendo, reconociendo, compartiendo y pensando en las *danzas comunes*, que son *comunidades de lo común*; porque solo puedo bailarlas si alguien lo hace conmigo.

Lo común en estas danzas es lo que emerge cuando bailamos juntas para nosotras mismas, nuestros cuerpos entretejidos son la materia de esta expresión, son la condición necesaria para que estas danzas sean parte de una realidad que para nosotrxs siempre es compartida. Es en la interacción que juntas podemos crear sentidos y resignificar lo instalado, son nuestros cuerpos juntos que activan la sensualidad necesaria para recordarnos que estamos en movimiento.

Para este proyecto, con el colectivo Periférico identificamos que el tango, el candombe, la improvisación en contacto, el folclore y el breaking son las *danzas comunes* que se bailan en

nuestro país. En este primer relevamiento podemos estar dejando fuera danzas que tengan esta característica, o que en breve la tendrán, como pueden ser las danzas que llegan con quienes vienen a vivir a estas tierras.

Pensar en las danzas comunes, breves y diversas derivas

Reflexionar colectivamente sobre los modos en que se expresan nuestras comunidades danzantes, en las relaciones que nos proponen, en sus valores, sus vínculos con la tradición, sus historias e identidades, la manera de moverse y organizarse nos colabora a comprender la vida que creamos juntas las personas. No se trata de buscar ideales o acciones ejemplificantes, sino de observar en qué medida nuestras comunidades danzantes promueven el bienestar y el buen vivir (o el vivir en plenitud) de quienes las habitamos. Ellas son portadoras de valores y son estos, en diálogo con lo establecido socialmente, los que determinan el accionar de sus integrantes. Lo que las comunidades reconocen como valioso y significativo participa junto a sus horizontes de posibilidades en la configuración de los deseos singulares, el reconocimiento y la pertenencia, organiza las experiencias, movimientos, hechos, objetos, ideas y establece qué relaciones se consideran relevantes.

Las danzas y sus prácticas están inscriptas en un territorio y época particulares, entenderlas desde esta perspectiva cuestiona el determinismo; que algo sea como es no está definido por su naturaleza o esencia, sino que es una contingencia producida y aceptada en sistemas particulares de creencias y prácticas que se transforman en el tiempo en continua interacción con el hábitat. En este sentido, vuelvo a aclarar que todas las ideas expuestas en este texto, son observaciones situadas, surgen de reflexionar sobre nuestras vidas juntas y no sería justo extrapolarlas a otras épocas y territorios, sin ser previamente revisadas.

Como parte de nuestras actividades cognitivas fundamentales se encuentra la acción de categorizar y clasificar. Entiendo que en la sociedades occidentales y occidentalizadas esta actividad está sobreestimada y sobrevalorada (supongo que por esto demasiado a menudo la inabarcable experiencia de estar vivas necesita ser traducida en un limitado conjunto de categorías y clases, con las que solemos relacionarnos como verdades). Nuestras vidas están siendo en relación a las clasificaciones que se nos adjudican o adjudicamos, por ejemplo, la categoría “mujer”, “poder”, “política”, “negro”, “linda”, “gorda”, “inmigrante”. Asumir que estas distinciones son contingencias producidas puede ser emancipador para quienes estamos

interesadas, necesitadas y dispuestas a cuestionarlas. Toda clasificación implica una infraestructura social que le permita funcionar, como lo son el conocimiento, el mercado, el arte, la política o las instituciones públicas. Analizar en qué medida estas infraestructuras participan en la perpetuación de una distinción es interesante si deseamos desarticular su poder de nombrarnos y determinarnos.

Las categorías que utilizamos en las *danzas comunes* operan, como todas en nuestras vidas, siguiendo y atendiendo el orden social dominante; un ejemplo sencillo es cuando existen roles asignados en los bailes en función del género. Evaluar en qué medida reproducimos las lógicas sexistas y heteronormativas es urgente dada la situación actual de nuestras interrelaciones. Lo mismo sucede con las distinciones o categorías creadas para diferenciarnos como raza, clase social o nacionalidad, entre otras. Analizar y cuestionar juntas y desde las performatividades de las *danzas comunes* las clasificaciones que utilizamos para nombrar nuestras vidas es una oportunidad para identificar aquellas que oprimen, lastiman o segregan. Incluso sería interesante ir un paso más allá y pasar de cuestionarlas a crear palabras para nombrarnos que nos aporten positivamente a todxs o cambiar el sentido de las que ya tenemos.

Quienes integramos el colectivo Periférico, junto con colegas de las *danzas comunes*, nos hemos invitado en estos tiempos a revisar nuestros valores, prejuicios y categorías *comunes*. Algo alentador, y a su vez doloroso, de este proceso fue reconocer que a veces nos surgen pensamientos, imágenes o sentimientos respecto a las otras que no podemos compartir con las demás por sus implicancias afectivas. No podemos decir en voz alta lo que pensamos porque se nos hace imposible que las demás lo sepan. Encontrarnos con estos pensamientos nos perturba al punto de no entender cómo aparecen y por qué los preservamos si nosotras no queremos sentir y pensar así. La maquinaria publicitaria, películas, televisión, educación y formas que nuestra sociedad tiene instalada vivir las relaciones hacen que pensemos incluso lo que no compartimos. Un ejemplo es el patriarcado, quienes deseamos construir otra manera de relacionarnos nos descubrimos pensando en sus términos aunque no lo queramos. Hace poco emprendimos juntas el intento de reconocer en voz alta estos pensamientos para compartirlos con otras y descubrimos que están metidos en nuestra carne, sinapsis y entrañas, que no es asunto de voluntad o racionalidad, que solo con reflexionar sobre esto no alcanza, que para desinstalarlos y que no aparezcan tenemos que enfrentarlos, decirlos, moverlos, sacarlos de la carne y entrenar otras maneras de relacionarnos y sentir. Las *danzas comunes*

nos proponen hacer con las otras personas cuerpo a cuerpo, y es ahí donde surge la posibilidad de reconocer lo que nos pasa y transformarnos en el hacer, al mismo tiempo que creamos otros imaginarios que nos habiten.

Cada *danza común* tiene lugares específicos donde bailarse, pero todas comparten hacerlo en los barrios, en sus plazas y calles, y promover instancias abiertas y de acceso gratuito para bailar. La manera en que ponen en acto sus danzas, que son siempre relaciones, implica la necesidad de la existencia de las otras. Esta particularidad hace que las personas que las bailan estén abiertas y deseosas de habitar la incertidumbre del encuentro. Todas las dimensiones y tensiones que emergen de las interrelaciones de los cuerpos en movimiento se crean ahí, en vivo y se comparten; las *danzas comunes* son porosas como el barrio. Estas experiencias en espacios públicos las hace permeables a los cuerpos que transitan, a quienes viven en las calles por no tener un lugar digno donde hacerlo, a la lluvia, el asfalto, los perros, la policía, la mugre, al sol y a todas las relaciones inesperadas que ocurren cuando habitamos los espacios compartidos. Sería interesante preguntarse ¿qué nos pasa cuando bailamos ante la mirada de las otras y qué se pone en juego?, ¿cómo crean estas danzas espacios compartidos y qué valor tienen para nuestra convivencia?, ¿cómo gestionan las relaciones, los espacios y los cuerpos?

La relación que establecen estas danzas con los espacios públicos puede aportarnos a pensar en torno a la idea de accesibilidad. Entiendo que defendemos, a veces sin evaluar las consecuencias para nuestras *danzas comunes*, la idea de “la accesibilidad a la cultura”. Esta propuesta, que tiene el importante objetivo de garantizar el acceso y participación de todas las personas en la cultura, debe ser revisada y evaluada para conseguir afinarla y adaptarla a los territorios y sus características. Desde la perspectiva de las comunidades danzantes es interesante preguntarnos ¿qué consecuencias tiene para estas danzas esta propuesta?, ¿las comunidades tienen que ser accesibles a todas las personas?, ¿tenemos derecho a participar de la expresión artística que queremos?, ¿las danzas deben ser un producto para que las que están fuera de la comunidad accedan a ellas?

Entendemos, en principio, que es el Estado quien debe garantizar este derecho de los ciudadanos, pero ¿un jerarca, productor o gestor del Estado puede intervenir en las expresiones artísticas de una comunidad determinando quiénes tienen que bailarlas? Es interesante poner en cuestión esta demanda de “accesibilidad”, ya que en la propia identidad

de las comunidades están implícitos los valores que ofician como condicionantes para ser parte de ella. En su propio hacer establecen, a veces de manera deliberada y otras de manera transmitida de generación en generación, cuáles son las condiciones y características que debemos cumplir para ser parte de esa comunidad. Al exigirles ser abiertas, se puede estar diluyendo su singularidad creadora y autonomía. Estaría bien que sean las propias comunidades las que determinen si desean ser accesibles, para quiénes y cómo, y ser ellas las que establezcan según sus criterios quiénes son parte y quiénes no. No todas las comunidades danzantes tienen la intención o posibilidad de ser abiertas a todas las personas, el tener que serlo por demandas ajenas, generalmente provenientes de las políticas públicas, del mercado o de la sensibilidad dominante, puede llegar a debilitar las características singulares, tendiendo a la homogeneización de las expresiones y debilitando o incluso destruyendo sus cimientos comunitarios.

No estoy diciendo que no podamos compartir nuestras danzas o que puedan existir procesos por los cuales la comunidad se amplíe o se transforme. Lo que aquí intento plantear es que no está bueno que esto suceda por exigencias o presiones externas. Tampoco quiero decir que no seamos críticas con nuestros valores y dinámicas; vivimos en una sociedad que segrega desde el dolor y por esto nos toca revisar cómo establecemos quiénes pueden ser parte de nuestras vidas danzadas y quiénes no. Por otro lado, el consumo de experiencias hace rato que se ha transformado en mercado, impregnando la necesidad de probar cosas distintas, convirtiéndonos en turistas devoradores de todo. Sabiéndonos en estas, pregunto ¿qué cuidado tenemos que tener para no avasallar a las personas, sus comunidades y sus expresiones? Los procesos de las comunidades y de las personas que las constituyen son únicos e intransferibles, quizás sean ellos los que produzcan novedades para nuestras vidas *comunes*. La diversidad, entiendo, se presenta como oportunidad ante un capitalismo global que necesita homogeneizar para funcionar. Preservar la autonomía de nuestras comunidades es la garantía para que nuestras danzas sean lo que nosotras queramos que sean.

Las *danzas comunes* se encuentran en continuo diálogo con los modos de valorar las expresiones artísticas establecidas en nuestra sociedad. El arte que se produjo en Europa hace siglos es el que se sigue produciendo mayoritariamente en las instituciones públicas aún en el siglo XXI, son las que nos representan oficialmente y además las que mayor apoyo económico reciben: orquestas, compañía de ballet, compañía de teatro, óperas y museos. De aquí surgen estas preguntas: ¿quiénes determinan cuál es el arte que se produce en las

instituciones públicas y cómo lo hacen?, ¿por qué es importante que todxs lxs ninxs vayan al Solís y no a las Llamadas?, ¿es el Estado quien tiene que establecer la vigencia de una expresión?, ¿reconocemos que al momento de valorar lo artístico entra en juego el origen de lo que se produce y de quiénes lo producen? No es el objetivo de estas preguntas contraponer la relevancia de una expresión artística a otra, lo que aquí nos invitó a pensar es en qué medida el valor asignado a una expresión artística es relativo y situado, y que relación tiene este con la cosmovisión dominante, con lo económico y lo político. Hemos escuchado (y lo hemos experimentado) que en el arte se disputan los valores y órdenes de una sociedad. Como el Estado nunca es neutro, sería interesante que quienes gobiernan propusieran reflexiones abiertas y colectivas sobre las expresiones que promueven y cómo. Pensar sobre lo que el Estado propone en torno al arte puede darnos pistas para entender cuál es el imaginario que nos habita como sociedad en torno a él. Y en este sentido preguntarnos cómo se relacionan estas promociones por parte del Estado con la percepción que tenemos las personas de las diversas expresiones artísticas y las relaciones que establecemos con ellas. Las valoraciones que la sociedad pueda hacer sobre las distintas *danzas comunes* tienen implicancias en sus danzas, en quienes las bailan y sus comunidades, en este sentido me surgen las siguientes preguntas: ¿cómo se relacionan las personas de diferentes situaciones económicas y educativas con estas prácticas?, ¿qué valor les damos a estas danzas como expresiones artísticas, experienciales y políticas?

Todas las personas nos vemos afectadas por la demanda de una percepción que se emociona ante lo establecido como bello, que tiene su cimiento en el canon europeo. Si observamos cómo solemos presentarnos en el espacio al momento de bailar distinguimos movimientos colectivos prolijamente organizados que atienden la medida, centralidad, frontalidad, simetría, unísono, estilización y coordinación. También es habitual sentir la necesidad de ordenar nuestros cuerpos siguiendo estos criterios, sumándole la delicadeza aérea a la mujer y la fuerza de la tierra al varón. Quienes habitamos las *danzas comunes* reconocemos que estos criterios de belleza operan, en mayor o menor medida y de diferentes maneras, en nosotras a la hora de bailar. Cada danza tiene modos de organizarse y desorganizarse que responden a necesidades, códigos y estilos propios, pero a todas las sobrevuela este orden establecido de belleza. (No tiene de nada de malo bailar siguiendo el criterio de “lo bello”, intentar debilitar la idea dominante no significa negarla, solo abrir rendijas para que lo que domine sea la diversidad.) Quienes compartimos la incertidumbre de las calles y los bailes colectivos reconocemos que estas danzas son una posibilidad para subvertir la demanda de la forma

adecuada y afortunadamente nos descubrimos bailando más allá de ellas. En ese momento ya no es tan grave ir desfasadas, no estirar un pie, meter los brazos por ahí, no saber perfectamente los pasos, o por reírnos juntas arrancar para cualquier lado y no seguir con lo esperado. Es tan hermoso y potente lo que pasa cuando nos relajamos y entregamos a lo que propone el encuentro, se desorganiza lo esperado y nos permite sorprendernos por lo inesperado, ahí surgen novedades para nuestras relaciones y performatividades. La contaminación de la risas, miradas, las derivas empujadas por amores, amigos y buenas danzas, hacen que nuestros cuerpos se entreguen al movimiento siguiendo el orden de lo afectivo,

Podríamos decir que solemos entender que el arte experimental es aquel que propone la búsqueda constante de creaciones novedosas logrando ir más allá de lo que se da hasta ese momento. Las danzas comunes no suelen ser consideradas dentro de esta categoría. Pero, si experimental implica introducir novedades, me pregunto: las *danzas comunes*, ¿no introducen novedades en su continua búsqueda de actualizar y crear lo *común*?, ¿no generan experimentación artística en torno a asuntos como el género, la etnia, la tradición o el territorio?, ¿no experimentan estrategias para sus puestas cuando toman las calles o para producir arte más allá de las instituciones o el cache? Estas danzas han desarrollado experimentaciones artísticas prácticas y teóricas relacionadas con los cuerpos y sus modos de expresarse. A su vez, en su hacer emergen dimensiones en movimiento de nosotras, y es aquí quizás donde radica la mayor experimentación de las *danzas comunes*: en la creación de cosmovisiones para las cuales *lo común* es la base desde donde se promueve la vida.

Se suele entender la creación como la realización de una obra o coreografía para un espacio escénico. Esta forma de crear, también proveniente de Europa. A mi entender y sin intención de quitarle valor, nos ha hecho desconsiderar otros modos de presentar, compartir y crear danzas. Esto sucede con las *danzas comunes*, cuyos orígenes y existencia se dan fuera de los teatros, y sus modos de crear y presentar no responden a este formato. Entiendo que estas danzas proponen el hecho artístico y la creación en el devenir de la experiencia y no en la realización de una obra. El lugar que socialmente le otorgamos a la “obra“ lo podríamos ver reflejado en las políticas para la promoción de la danza desde el Estado, las que están mayoritariamente relacionadas con este formato. Tenemos fondos para la creación escénica, becas para las creadoras, fondos para la circulación de obras, apoyo a pasajes para artistas creadoras, la compañía oficial de danza es escénica, llamado a reposición de obras, festivales

de artes escénicas, instituto de artes escénicas, mercados para vender obras, apoyo a salas y llamados a programación en salas. Entender a la creación solamente como la realización de una obra tiene en las *danzas comunes* un efecto interesante de atender, y es que para poder acceder a las promociones del Estado deben convertirse en creadoras de obras. Aquello que sucede en los salones, casas, calles y plazas se adapta y organiza para poder presentarse en los escenarios. Este cambio del formato de puesta modifica la forma y el sentido de bailar, y el interés y deseos de quienes las habitan. Si esto que expongo sucede, ¿no sería interesante que las políticas públicas para la promoción de la danza se diseñen atendiendo las potencias y características singulares de cada una? Y en todo caso, dejar que el interés de crear una obra surja de quienes bailan estas danzas y no de una demanda externa. Podemos reconocer nosotras, e intentar que otras lo hagan, que las *danzas comunes* tienen sus modos particulares de presentarse y crearse, aunque esta creación no se dé en los términos de un resultado final y sí en los de una experiencia en proceso.

En este sentido, en el arte se está viviendo un incipiente cambio en la concepción de lo que es la creación amplificando su potencial transformador al asumir que además de crear obras podemos crear experiencias. Para las *danzas comunes*, que son prácticas que crean experiencias interrelacionales, este cambio se presenta como posibilidad de asumir plenamente sus capacidades políticas subversivas transformadoras. Al diluir el mandato del objeto nos descubrimos infiltradas en los entres de las relaciones, creando experiencias significativas para nuestras vidas juntas en los intersticios de los abrazos. En el proceso de objetualizar nuestras expresiones los cuerpos, que son la materia de las danzas, se individualizan. En las experiencias interrelacionales que nos proponen las *danzas comunes* se fragilizan estas corporalidades al entrenar pieles, receptores, emociones e ideas que existen siendo las otras.

A mi entender, lo *común* es una de las dimensiones de estas *danzas* más interesantes a seguir pensando e investigando. más lo es cuando observamos que se ha instalado como “verdad” entre nosotrxs el dualismo que separa a las personas del entorno. Vivimos (insisto en aclarar que este plural no es universal, está situado en mi experiencia, territorio y época) como individuos replegados sobre nosotros mismos, separados de las otras personas y de la naturaleza, a la que controlamos y explotamos. El lenguaje evidencia esta creencia al no haber categoría o clase que enuncia que estamos entretejidas con el entorno y entre nosotras.

Nuestra cosmovisión está basada en este dualismo que es tierra fértil para el despliegue del individualismo, forma de vida que privilegia los objetivos y el bienestar propio por encima de lo colectivo y lo *común*. Las otras personas se nos presentan como medios para conseguir nuestros deseos y necesidades, e incluso como competidoras a vencer. Las formas y ordenamientos de la vida material fomentan esta manera de percibirnos, la cual es rentable a los poderes políticos y económicos. Detrás de la hegemonía capitalista y su individualismo arrasador hay una forma de entendernos en el entorno; es un fundamento filosófico inicialmente, que atraviesa lo político y comunitario, y se llama dualismo.

Quienes habitamos la danza podríamos encontrarnos nutriendo el individualismo cuando concebimos al bailarín como alguien especial, genio o virtuoso, desconociendo las influencias de maestras, compañeras, familia, comunidad, medio ambiente, educación, circunstancias económicas o época. Lo hacemos cuando asumimos que nuestra tarea es objetivizar y cosificar la obra ignorando las interrelaciones que participan en nuestros procesos creativos. Lo hacemos cuando sentimos en términos de autoría y atendemos la demanda de configurarnos en identidades posibles de ser vendidas direccionando nuestros deseos hacia la exigencia de ser artistas reconocidas. Cuando damos a los directores y a los teóricos un reconocimiento que los eleva por encima de quienes trabajan con ellos. Cuando el curador selecciona nombres, tendencias o intereses. Cuando exigimos al bailarín virtuosismo y superación obsesiva, cuando nuestras clases se dan exclusivamente frente a un espejo y pareciera no importar la presencia de las otras. Lo hacemos cuando nuestra formación está centrada en el autocontrol, autoconciencia y autoconocimiento.

Pero afortunadamente, por más que así nos lo han hecho creer, nuestras vidas no transcurren en un escenario donde soy la solista y los demás, utilería. Nuestros cuerpos y el entorno se encuentran creando procesos intrincados, somos seres vivos inmersos en redes de relaciones. Entiendo incluso que somos las interrelaciones que establecemos, las que podemos nombrar y las que no. Nuestras vidas son compartidas, y estas *danzas comunes* nos proponen, aún hoy en pleno gobierno del individualismo, bailar haciendo cuerpos *comunes*, porosos y deseosos de las manos, olores y miradas de las otras. Mientras bailamos juntas nuestras carnes y pieles son el nexo, no el límite. Atender y conocer esta potencia de las *danzas comunes*, para mí, es quizás una de las tareas más interesantes que tenemos por delante quienes las habitamos. Bailar juntas nos propone *sentipensar* asumiendo las relaciones y hacernos cargo de los pluriuniversos que nos habitan en los abrazos y miradas.

El centro en los cuerpos, característica de las *danzas* nos permite observar y reflexionar en torno la manera de experimentar el cuerpo, que propone la sensibilidad dominante en nuestra sociedad. El modo habitual que tenemos de relacionarnos con el cuerpo implica, además del dualismo que separa las personas de su entorno, el que nos separa en mente y cuerpo. Solemos percibir al cuerpo como algo que nos pertenece, que nos permite hacer cosas a su vez que nos limita. A lo largo de la historia el occidente ha intentado librarse de su finitud y controlarlo, utilizando varias estrategias. Este dualismo se expresa en nuestras danzas de diferentes maneras, toquemos algunas de ellas. Parecería estar instalada la creencia de que mientras bailamos no pensamos y cuando pensamos no sentimos. El pensamiento racional, claro y organizado, es la dimensión de la experiencia mental más atendida y estimulada. Esto nos ha llevado a explicar la vida reduciéndola a relaciones causales. Necesitamos estabilizar sistemas como la experiencia o la conducta para poder predecirlas y controlarlas. Este tipo de pensamiento el racional, está vinculado con el conocimiento que entendemos como legítimo, que es aquel que se produce bajo los criterios de la civilización occidental, la que llegó a estas tierras con su proyecto civilizatorio. Parte del éxito de este proyecto implicó determinar qué es el conocimiento y quiénes son posibles portadores de él. Pero estamos en tiempos en los que no debería costar tanto reconocer que todas las personas somos portadoras de conocimientos singulares y valiosos. El conocimiento está en las comunidades, las calles, barrios y en cada una de nosotras, y tiene múltiples maneras de expresarse. No se trata de negar los aportes del pensamiento racional, pero lamentablemente esta manera de pensar no ha sido condición suficiente para crear comunidades de pensantes sensibles, solidarios, empáticos, dinámicos y diversos. Como posibilidad de ampliar nuestro repertorio, las danzas nos proponen el pensamiento sensible, que incluye todas las dimensiones de nuestra experiencia. Esta manera de pensar aparece como horizonte de posibilidad que fragiliza la realidad y la verdad única, asumiendo la complejidad de la experiencia que siempre es compartida. Pensar es una experiencia constitutiva de nuestras danzas, así como sentir es una experiencia constitutiva de nuestras vidas. La manera en que pensamos mientras bailamos está participando de forma contundente en nuestra experiencia. Nos toca atender esta dimensión si nos postulamos en contra del dualismo mente-cuerpo. Quizás esta distinción esté relacionada también con lo poco habitual que es para nosotras reflexionar sobre nuestras prácticas; parecería que pensar no tiene relación con bailar, pero contrariamente a esto las danzas nos proponen un tipo de pensamiento sensible capaz de asumir las múltiples dimensiones, complejidades y misterios que se despliegan en nuestra experiencia de estar

vivas.

Por otro lado, el cognitivismo, que es la teoría más aceptada para el estudio científico de la mente, sitúa los procesos de la conciencia y la cognición en nuestro cerebro. El cuerpo, que para nuestro sentido común occidental no incluye a las experiencias mentales, es secundario en los procesos cognitivos. La distinción que nos divide en mente y cuerpo ha determinado que aquello que asumimos como experiencia mental prevalezca sobre la experiencia corporal. Para el orden político y epistemológico, la disputa se da en el pensamiento adecuado, la dimensión de lo sensible no aporta, es más, estorba por su opacidad. Incluso en la danza, a menudo, el poder aún lo tiene la palabra organizada. Esto trae como consecuencia, entre otras cosas, que las experiencias vividas con la atención en lo corporal y lo sensible queden relegadas de los ámbitos educativos y de investigación formales por no tener valor en nuestros procesos de conocer. Hasta ahora, las danzas no han sido una referencia para el desarrollo integral de las personas y hemos tenido que justificar nuestro conocimiento específico adecuándonos a los discursos y metodologías del conocimiento científico. Sin embargo, las danzas pueden ser promotoras de conocimientos y experiencias valiosas para nuestras vidas. Bailando ampliamos nuestras posibilidades de movimiento, mejoramos la calidad ósea, muscular, la flexibilidad, concentración y memoria, entre otras. Reconocemos la dimensión espacio-tiempo, entrenamos pensamientos sensibles, reducimos estrés y ansiedad, conocemos las emociones, aprendemos a sentirnos y escucharnos, activamos los sentidos y la percepción, creamos interrelaciones y somos parte de comunidades. Pero también la danza se asocia a estudios antropológicos, históricos, filosóficos, cognitivos, tecnológicos, sociológicos, psicológicos, así como a otras expresiones artísticas y prácticas corporales enfocadas en el bienestar, en el abordaje crítico de los cuerpos, sus procesos y las implicancias de estos en la vida de las personas .

Socialmente, se continúa considerando más valiosas las tareas relacionadas al intelecto que las que requieren del esfuerzo físico (obviemos casos delirantes como el fútbol). Esta manera de valorar y distinguir nuestras labores participa en la división de tareas. Hoy incluso, en el marco de las observaciones realizadas desde los feminismos, podemos ver cómo esta distinción también está relacionada al género. La danza, en nuestro país, ha sido un trabajo físico realizado principalmente por mujeres y gays, esto afecta directamente en la comprensión de la danza como un trabajo. Otra consecuencia de este dualismo es la objetualización del cuerpo, el cual sigue leyes mecánicas. Como si fueran cosas, organizamos

los cuerpos de manera jerárquica según sus características físicas, arriba el arquetipo y cuanto más nos alejamos de sus requisitos menos cabida tendremos en un sistema que necesita para funcionar separarnos entre los que valen y los que no. Me pregunto si en las danzas, a veces, no nos concentramos demasiado en ser expertas controladoras del movimiento y de la forma del cuerpo para llegar al “ideal”. Y en este camino, ¿no lo forzamos (a eso que es nuestro cuerpo) incluso hasta romperlo? Quienes bailamos, al reconocer que esta demanda “ideal” puede lastimarnos, buscamos otras maneras de bailar que atiendan las diversas dimensiones que se despliegan en el hacer, reconociendo que incluso nuestros pensamientos y sentimientos son cuerpo. Que cuando lo forzamos nos forzamos y cuando lo lastimamos nos lastimamos. Hoy, quienes bailamos, intentamos accionar reconociendo la diversidad de características, posibilidades y capacidades de los cuerpos como una potencia y no como un problema, fragilizando así la idea instalada del cuerpo y el movimiento ideales. Hoy, intentamos reconocer los movimientos singulares que tiene cada persona disfrutando de la diferencia, e incluso ir más allá y poner en valor lo que sentimos, percibimos y pensamos, que también es cuerpo.

Cuando nos detenemos en la relación de las *danzas comunes* con las instituciones de formación pública se nos despliegan diversos niveles de reflexión. Una pregunta para dejar planteada y que puede darnos pistas interesantes para pensarnos es ¿por qué las *danzas comunes* no están consideradas en la propuesta universitaria y la contemporánea sí? Cabe aclarar que la danza contemporánea es parte reciente de la Universidad y esto se debe principalmente al trabajo militante por años de algunas de sus integrantes. Quienes se enfrentaron, entre otras cosas, a la idea de que la danza no aporta conocimientos y al sexismo de la Universidad. A mi entender, es aún más interesante preguntarnos si ser parte de la Universidad es un objetivo que estas expresiones artísticas tienen que tener. Por más que heredamos la creencia de que es importante estar en la oferta educativa universitaria, habría que evaluar las implicancias de introducir prácticas que se producen en las calles y los barrios, que se autogestionan y autodeterminan, en el ordenamiento de la institución.

En relación a las escuelas de danza del Sodre, que tienen como tarea brindar una formación técnica, me pregunto ¿qué injerencia tiene lo que se determina como válido en las instituciones de educación públicas sobre nuestras danzas? Puede ser interesante evaluar en qué medida la institucionalización de los cuerpos y los movimientos se infiltran en las prácticas producidas por las danzas en los salones y calles. Detenemos a pensar cómo es esta relación entre lo que se produce en las instituciones y lo que se produce fuera de ellas puede

ser una buena estrategia para cuidar y preservar aquello que consideremos valioso de nuestras danzas y sus comunidades. Las *danzas comunes* tienen sus modos particulares de transferirse. En todas, bailarlas es parte de aprenderlas, esto produce relaciones que se establecen entre quienes se acercan a ellas por primera vez y quienes hace tiempo las habitan, proponiendo un aprender haciendo, y entrecruzando experiencias y temporalidades. Pensar en la trasmisión de estas danzas nos puede aportar a descubrir otros modos de transmitir y aprender asociados al hacer, así como otra manera de entender la clásica relación profesor-estudiante, donde el profesor toma un rol y el estudiante, otro. En estas danzas por más que seas una recién llegada podés encontrarte bailando con alguien que sepa mucho, esa persona se acerca a ti, a tu lugar y pueden hacerlo juntas.

Las *danzas comunes* son posibles fuentes de ingreso económico para quienes las bailamos, podemos dar clases, talleres, producir espectáculos, compartirlas en el exterior, organizar eventos, encuentros, residencias y festivales, investigaciones, participar en mercados donde se vendan nuestras producciones y acceder a fondos del Estado. Nuestras danzas están en constante diálogo con la posibilidad de ser intercambiadas, vendidas o experimentadas. Cuando el Estado asume la fórmula de las industrias culturales, concibe las danzas como recurso que tiene que dar réditos económicos. Las políticas públicas que se proponen desde estas perspectivas estandarizan y mercantilizan, en mayor o menor medida, las expresiones artísticas; evalúan el impacto de las producciones en términos cuantitativos utilizando variables económicas para determinar su éxito y desconocen el aporte que pueden realizar sistemas de evaluaciones propuestos por las propias comunidades. En este proceso las danzas dejan de ser valoradas por su poder político transformador y su aporte al buen vivir de las comunidades. Incluso nos puede poner, sin desearlo, al servicio de un sistema económico que no privilegia la vida. Cuando accionamos solamente atendiendo estas lógicas organizamos nuestros deseos y afectos para cumplir con lo que se espera de nosotras. Afortunadamente, hay quienes habitan estas instituciones que reconociendo esta situación se posicionan de manera crítica ante su poder y la demanda del capital.

Pero el interés de la intervención del Estado y el ingreso al mercado surge muchas veces de las propias comunidades danzantes sin haber antes evaluado colectivamente cómo debería ser esta intervención y cuáles son sus consecuencias en nuestras prácticas. Las danzas son un conjunto de valores y modos de relacionarnos que necesitan ser cuidados y respetados, si

creemos que ellos son importantes para nosotras. Tenemos que pensar cómo queremos relacionarnos con la posibilidad de que nuestro hacer sea valorado por otros convirtiendo nuestros conocimientos en posibles ingresos económicos. No tenemos por qué renegar de esta oportunidad, lo que sería prudente evitar es que el Estado y el mercado nos avasallen con sus condiciones y modos. Sé que este asunto ocupa la atención de muchas, tenemos que encontrarnos a pensar sobre los procesos de intercambio económico para que dignifiquen y respeten las identidades.

Un asunto muy importante para estas danzas en la actualidad es que son las instituciones públicas las que tienen el poder de determinar quiénes son los profesionales de las danzas. Por más que hayas trabajado 30 años promoviendo, compartiendo y enseñando tu danza, si no sos poseedora de un título o de un recorrido valioso para los criterios de la institución va a ser difícil, y en algunos casos imposible, ser seleccionada para llamados, concursos, fondos, becas y premios. Con este mecanismo de legitimación, no es el reconocimiento de nuestros pares el que determina el lugar que ocupamos en nuestras comunidades, sino que son las instituciones en función de sus criterios las que lo hacen. Este proceso debilita la autodeterminación de las comunidades al no reconocer sus singularidades y deja sin posibilidad a quienes son referentes de las danzas de ocupar lugares claves para estas en las instituciones. Sería interesante ampliar y reconfigurar, en diálogo permanente con las comunidades, los criterios con los que las instituciones nos evalúan.

Al momento de buscar trabajo, ¿todas las artistas tenemos las mismas posibilidades ante la institución? Pongámonos como ejemplo, quienes integramos el colectivo Periférico somos parte de un pequeño grupo de artistas que aún estando por fuera de las instituciones públicas accedemos a sus beneficios ganando fondos, becas y llamados. ¿Por qué solo algunas artistas que tenemos currículum, estética y discursos similares nos vemos favorecidas por el sistema que legitima? Nos toca pensar las contradicciones y habitar la incomodidad de quien cuenta con lo necesario para que las instituciones vinculadas al arte nos atiendan. Todas las personas que habitamos las danzas tenemos que tener nuestra oportunidad. Aquí la propuesta es ampliar los apoyos que el Estado da a las danzas, dejando de lado la idea de “una o las otras”, acá tenemos que entrar todas. Trabajemos juntas para que cada danza tenga su espacio y que este sea en relación a sus singularidades, potencias y los deseos de sus comunidades.

Cerrando

Este texto tiene la intención de dejar planteados universos posibles de reflexión, diversos temas que se presentan de manera breve, y que entiendo merecen más investigaciones, extensas, profundas y colectivas. Las *danzas comunes* tienen más para darnos, por mi parte seguiré entreverada en ellas. Me faltó abordar temas súper interesantes a ser pensados. Escogí, y quedaron a la espera las historia de nuestras danzas, que son imprescindibles para reconocer en la memoria colectiva que nos constituye y tener elementos para comprender mejor nuestro presente. También la identidad entendida como “aquello que nos identifica” nos puede dar pistas sobre los valores y deseos que nos mueven. Lo popular de estas danzas que bailamos en nuestras casas, cumpleaños y fiestas. La demanda de la tradición, sus procesos de transformación, entre otros. Cierro esta escritura sintiendo que quedan pasos para dar, palabras para escribir y potencias por reconocer. Pero especialmente cierro deseando que haya interesadas en hacerlo juntas.

Bailemos sudando miedos, olores y pensamientos en movimiento. Bailemos para habitar lo inaprensible, donde las palabras de la verdad que lastiman y duelen se transforman en susurros irreconocibles entre miradas y risas. Bailemos creando realidades diversas que siempre sean compartidas. Bailemos tomando las calles y las plazas donde los abrazos son pieles sin nombres. Bailemos para agitar deseos comunes que nos inviten a sentir que mi vida no es sola mía, también es la vida de las demás.